

Editorial

“El camino de la sinodalidad es el camino que Dios espera de la Iglesia del tercer milenio”. Esta afirmación del Papa Francisco muestra la importancia que él atribuye a esta dimensión de la vida de la Iglesia, en la cual todos estamos intentando profundizar, tanto teológica como existencialmente. En relación a lo primero, la Comisión Teológica Internacional publicó en 2018 un precioso documento titulado: *La sinodalidad en la vida y en la misión de la Iglesia*. Y en relación a lo segundo, la Santa Sede está animando un sínodo sobre la sinodalidad en cuatro fases: diócesis, conferencia episcopal, continente e Iglesia universal (2021-2023).

El gran desafío, sin embargo, es cómo traducir en lo cotidiano estos hitos programáticos. La sinodalidad es una realidad tan bella y fundante como ardua, porque implica convertirse a Jesús, y en Él, a la Santísima Trinidad, que es un misterio de comunión en el que la diversidad no atenta contra la unidad, sino que más bien la consolida. Por eso la sinodalidad no puede confundirse con el simple recurso al parecer de la mayoría. Se trata en realidad de algo más grande y a la vez más sutil: caminar verdaderamente juntos, procurando escuchar al Espíritu que sopla donde quiere.

Por el bautismo los cristianos somos hermanos en Cristo. De allí que todos estemos llamados a participar en la Iglesia poniendo al servicio de los demás el propio don. La renovada conciencia de la sinodalidad surge precisamente de entender que la Iglesia es una familia, y que el cristiano, cada cristiano, es hijo y hermano, lo cual supone mirar más allá de sí mismo. Como Jesús, que no vino para ser servido sino para servir.

La sinodalidad exige un doble movimiento: escuchar y hablar, dar lugar a los demás sin dejar de ocupar el que le corresponde a cada uno. Caminar juntos pero sin diluir las identidades. Somos la Iglesia de Cristo, que vive la jerarquía esencialmente como don, aunque algunas veces resulte crucificante. Por eso la sinodalidad sólo se verifica en las comunidades donde reina el amor obediente de Cristo. Un amor que pone la verdad del Padre por encima de todo, y que por eso mismo es capaz de escuchar la voz profética que nos interpela, la que nos invita a transitar por la puerta estrecha, esa que bien puede surgir —como enseña san Benito— de los labios de un insignificante, a quien resulta tan fácil ignorar.

¿Cómo hacer para que las estructuras sinodales no ahoguen la sinodalidad, más aún, la evangelización? La respuesta no está tanto en el terreno de los procedimientos, sino de las disposiciones del corazón. Y del sentido común. ¿O no es del todo evidente que nuestros obispos están agobiados con tareas que no están relacionadas con su principal responsabilidad, a saber, sus diócesis? ¿Cómo pueden pastorear bien sus diócesis cuando tienen que responder a múltiples

estructuras y requerimientos, no sólo de sus jurisdicciones, sino de la región, de la conferencia episcopal, del continente y de la Santa Sede? ¿Y acaso no le pasa algo parecido a los párrocos en relación al organigrama diocesano?

Está claro que no existen respuestas fáciles, pero es importante empezar a buscarlas y luego tener el coraje para obrar en consecuencia. Porque entre tanto, nuestras Iglesias se debilitan cada vez más, como un paciente que empeora empeñado en no cambiar de tratamiento.

Sabemos que en estos tiempos se escribe mucho sobre la sinodalidad. Sin embargo, desde *Communio* no hemos querido dejar de hacer nuestro aporte, integrando múltiples perspectivas que ayuden a pensar el tema en toda su complejidad.

En este número tenemos el honor de contar con un Prólogo del Papa Francisco, escrito especialmente para las distintas ediciones de *Communio*. Le sigue un artículo del cardenal Peter Erdö quien, centrado en la primera Iglesia, repasa algunos antecedentes disciplinares y doctrinales de la idea de la sinodalidad. En perspectiva ecuménica Edward Farrugia se adentra en la experiencia de los cristianos ortodoxos, a menudo más ardua de lo que solemos imaginar desde occidente. En perspectiva latinoamericana, Sergio Sarza da cuenta del III Concilio de Lima, que sigue siendo un hito a considerar en el arte de caminar juntos como Iglesia.

Ya en el terreno de la Iglesia contemporánea, el cardenal Walter Kasper ensaya un balance de la sinodalidad como fruto del Concilio Vaticano II, reconociendo que todavía queda mucho por madurar. En esa misma línea se inscriben los artículos restantes, aunque con diversos enfoques. Astrid Kaptijn estudia la configuración canónica de las Conferencias episcopales, cuya influencia ha crecido enormemente (relanzando así la pregunta por la autonomía de los obispos diocesanos). Por su parte, tanto Roch Kereszty como Stephan Oster reflexionan sobre la sinodalidad en clave dogmática-pastoral, sin dejar de mostrarse preocupados por ciertas dinámicas como las del Sínodo alemán en curso.